7176

ADMINISTRACIÓN LIRICO-DRAMÁTICA

LOS MINEROS

ZARZUELA DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

TOMÁS L. TORREGROSA

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ELDORADO DE BARCELONA
EL DÍA 11 DE MARZO DE 1899

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

29

LOS MINEROS

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/losmineroszarzue13829torr

LOS MINEROS

ZARZUELA DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

TOMÁS L. TORREGROSA

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ELDORADO DE BARCELONA
EL DÍA 11 DE MARZO DE 1899

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1899

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADVERTENCIA

Para la representación de esta zarzuela es absolutamente indispensable el concurso de un orfeón, puesto que de él depende en primer lugar el buen éxito; no sólo porque el primer número está escrito con ese fin para voces solas, sino porque en el de la algarada de los mineros se necesita numerosa masa coral y en toda la obra juega la multitud un papel importante.

En Barcelona tomó parte en el estreno y representaciones sucesivas la sociedad coral **La Catalana,** *á cuyos individuos me complazco en reiterar aquí la expresión de mi agradecimiento.*

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOLORES	Dª Juana Fernández.
CATALINA	» Dolores Pla.
PILAR	» Antonia García.
JUAN	D. Manuel Rodríguez.
VENTURA	» Delfín Jerez.
RAFAEL	» Anselmo Fernández
RICARDO	» Alejo Peral.
LORENZO	» Diego Gordillo.
UN MINERO / UN SERENO	» Simón Escrich.

MINEROS, ALDEANOS, TRANSEUNTES

La acción en nuestros días.

Derecha é izquierda las del actor mirando al público.

CUADRO PRIMERO

Meseta en lo más alto de una montaña, en que se explotan minas de carbón y desde la cual se divisa extenso y magnífico paisaje. En segundo término se abre la boca de una mina con bajada en rampa, practicable, y un poco más allá hay una caseta donde se supone que se guardan los picos, linternas y demás utensilios. Cruzan el espacio en todas direcciones los alambres de los ferrocarriles aéreos, con sus cubos ó *baldes* para el transporte de mineral; abundan en el valle y en los montes las líneas férreas, algunas de plano inclinado, y allá lejos, casi en el límite del horizonte, se divisan las torres y chimeneas de las fábricas de una ciudad importante. Ha empezado el crepúsculo de la mañana, y la decoración debe estar preparada para que, á su debido tiempo, aparezca el sol é ilumine esplendorosamente el cuadro.

ESCENA I

RAFAEL, RICARDO.

(En cuanto se levanta el telón, aparecen por la segunda izquierda. Viste el primero uniforme de capitán de lanceros y el segundo elegante traje de campo.)

RICARDO. ¿Ves? Hemos llegado los primeros. Este madrugón ha sido un disparate.

RAFAEL. Pues si por las mujeres no se hacen disparates, ¿por quién van á hacerse?

RICARDO. ¿Y si en esta ocasión te llevaras chasco?

RAFAEL. No puede ser. Yo en la brecha, ella en plena ilusión y el marido en Babia... no

609571

tengo más que alargar la mano para clavar la bandera en la torre del enemigo.

RICARDO. No te fíes. Las mujeres cambian en el momento crítico y desconciertan al más avisado

RAFAEL. ¡Dímelo á mí! Pero eso tiene su remedio: á nuevo obstáculo nueva táctica. El secreto está en ser audaz con las soberbias, tímido con las humildes, dulce con las mimosas, frío con las apasionadas, atrevido con las coquetas, firme, galante y genero-

so con todas, siempre el primero y siempre hombre...

RICARDO. No se me olvidará el programa. Pero en este caso puede fallar. Catalina es mujer de talento.

RAFAEL. Mejor que mejor. La imaginación la ayudará á disimular la falta.

RICARDO. El marido no es tonto, parece que la quiere y...

RAFAEL. ¡Bah! De los maridos no hay que ocuparse. Los más celosos guardas de viñas sospechan de todos los que pasan por el sendero menos del que realmente trata de coger un racimo.

RICARDO. Y á propósito de racimos, ¿qué es de la otra?

RAFAEL. ¿De quién?

RICARDO. De Dolores, aquella chiquilla tan mona á quien hiciste creer en montes y morenas.

RAFAEL. ¡Ah! Nada. No quedó ni rastro. No creo que supongas que yo iba á enamorarme seriamente de la hija de un capataz de minas.

RICARDO. De modo que... ¿es cosa abandonada?

RAFAEL. Completamente.

RICARDO. ¿Y á la disposición del primero que pase?

RAFAEL. ¡Hola! ¿Quieres pasar tú el primero? Pues cuidado ¿eh? que la niña es peligrosa para aprendices. Y con las mujeres del pueblo sucede lo que con los moros. El avance se hace con mucho lucimiento, pero la retirada es cosa grave. (Aparece Dolores por la primera derecha. Viste modestamente, pero con limpieza y compostura.)

ESCENA II

DICHOS, DOLORES.

DOLORES. Buenos días, señor Moncada, y la compañía.

RAFAEL. (Con fingida alegría, procurando dominar la sorpresa.) ¡Dolores! ¡Qué feliz encuentro! (Ap. á Ricardo.) ¡Ahí la tienes precisamente! ¡Buena ocasión para empezar el fuego de guerrillas! (Se acerca á ella lentamente.)

RICARDO. (Me da envidia ese desahogo.)

RAFAEL ¿Cómo tú por aquí á estas horas?

DOLORES. Vengo á esperar á mi padre. ¿Y usted?

RAFAEL. Yo, pues...

RICARDO, (¡Es capaz de decirla que viene á hacer el amor á otra!)

RAFAEL. Yo vengo... á ver salir el sol, ¡ya ves qué tontería! Me ha dicho mi amigo el ingeniero que es cosa admirable desde estas alturas.

DOLORES. ¿El ingeniero ó la mujer del ingeniero?

RAFAEL. ¡Ja, ja! ¡Qué chiquilla ésta! (A Ricardo.) ¿Ves qué cosas dice?

RICARDO. Sí; ya veo que conoce el corazón humano.

DOLORES. Pues yo, y usted perdone, creí que al señor capitán no le podría coger de sorpresa eso del amanecer en la montaña.

RAFAEL. ¿A mí?

DOLORES. Sí, porque (Marcando mucho) me parece haberle visto algunas veces salir á caballo á estas horas por las calles de ese pueblecito que está en el repecho... Por cierto que, según malas lenguas, le despedía con lágrimas en los ojos una amiga mía que odiaba la salida del sol porque era el

anochecer para ella. Tan tonta es la pobre, que hace muchos días espera en balde, en cuanto las brigadas de la noche bajan á los pozos, oir el trote del caballo por el camino de la ciudad.

RICARDO. (Con malicia.) ¿Amiga de usted?

DOLORES. Tan amiga que me duele como á ella misma el daño que la hacen.

RAFAEL. Pero ¿estás tú segura de que la han ofendido?

DOLORES. ¿Qué sé yo? Eso dicen. Y si así fuera, mi amiga no es de las que tienen mucho aguante, á Dios gracias. ¡Pobre del que haya tenido la culpa!

RICARDO. (Aparte á Rafael.) Tenías razón; esta niña es como los moros. En la retirada te vas á ver negro.

RAFAEL. Pero díme, mal genio, ¿quién os ha dicho á tu amiga y á ti que es el olvido la causa de la ausencia? ¿Quién sabe si no permiten abandonar la ciudad las órdenes terminantes de quien puede darlas?

DOLORES. ¿Sí? ¡Lástima que esas órdenes no hayan venido antes.

RICARDO. ¿Antes de qué?

DOLORES. ¡A usted qué le importa!

RICARDO. (Acercándose á ella muy meloso.) Me importa, pimpollo; porque si su amiga se parece á usted en lo guapa, no faltará quien se muera por sus pedazos.

DOLORES. (Con ira y asombro.) ¡Cómo! ¿Qué? ¡Repita usted eso!

RICARDO. (Un poco asustado.) Que si ella... vamos... que yo...

DOLORES. Pero ¿qué dice este títere?

RICARDO. (¡Títere! Aquí de la lección: audaz con las soberbias, dulce con las humildes...) (Acercándose más y resueltamente.) No se ponga usted así, ¡qué caramba!

DOLORES. (Rechazándole con violencia.) Pero, capitán, ¿usted ve esto?

RAFAEL. (Interponiéndose.) (Déjanos solos.) (A Ricardo.)

RICARDO. ¡Caramba! No es eso lo tratado.

RAFAEL. ¡Tonto! Es para prepararte el terreno.

RICARDO. ¡Si ya me figuraba yo que había subido para divertirme! (Vase por la última izquierda.)

ESCENA III

DOLORES, RAFAEL.—Al fin, RICARDO.

DOLORES. ¡Gracias á Dios! Ahora podremos hablar claro. Anda, díme, ¿por qué no has vuelto? ¿Qué te pasa? Ya no me quieres, ¿verdad?

RAFAEL. Pero, mujer...

DOLORES. No, no hace falta que me lo digas. ¿Para qué? Lo leo en tus ojos.

RAFAEL. ¿No te he de querer? Pero en la ciudad se temen trastornos, la tropa está sobre las armas, y me es imposible...

DOLORES. ¡Ah, embustero amor el que encuentra imposibles! Por Dios. Rafael, (Suplicante.) ¿no ves que me muero? ¿No ves que ya no te puedes volver atrás? ¿No comprendes que eso sería un crimen?

RAFAEL. Si yo no trato de engañarte, si te quiero como siempre. Lo que hay es que...

DOLORES. Lo que hay es que te has arrepentido, ¿verdad? ¡Ah! Está bien eso. Se finge á una pobre muchacha un cariño muy hondo, se la prometen ante Dios no sé cuántas cosas, ¡hasta el matrimonio si es preciso! y luego, cuando uno se cansa, cuando le gusta á uno más la mujer de cualquier amigo, se la abandona sin explicaciones,

sin una palabra de consuelo, sin tanto así de esperanza.

RAFAEL. Tú exageras, Dolores. Comprende que hay momentos de locura en que no se fija uno en las circunstancias.

DOLORES. ¡Las circunstancias! Pues oye lo que te digo por última vez: ¿volverás á cumplir tus promesas?

RAFAEL. Si puedo, sí. Pero á veces la voluntad no basta.

DOLORES. Piénsalo, Rafael, porque yo no soy como las demás, ¿sabes? He llorado mucho y no has ido á secar mis lágrimas; te he suplicado de rodillas y no me has hecho caso, ¡pero no serás tú feliz si me haces desgraciada! ¡Te juro vengarme cuando y como pueda!

RAFAEL. ¿Amenazas? ¡Ese es el peor camino!

DOLORES. El peor no; el único. Y pregunta en el Robledal si la Canela no es capaz de cumplir todo lo que ofrece. (Sale Ricardo por la última izquierda.)

RICARDO. ¡Chist! Rafael, ya están aquí ellos.

DOLORES. ¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¡Ah! (Mirando hacia donde está Ricardo.) Viene también la mujer de don Ventura. ¡Me lo daba el corazón! (Rafael la atrae al primer término.)

RICARDO. (Gritando hacia la izquierda.) ¡Por aquí! ¡Aquí estamos todos!

RAFAEL. (Empujándola suavemente hacia la derecha.) Por Dios, Dolores, calma; vete... No hay nada de lo que te figuras.

DOLORES. (Con rabia sorda.) ¡Esa! ¡ésa es la de las órdenes terminantes! ¡Por ahí viene el temor de los trastornos! Ella me ayudará á vengarme. Señor capitán... ¡nos veremos! (Vase por la última derecha.)

RAFAEL. Pero oye... ¡El diantre es la muchacha! ¿A que me va á pesar la ocurrencia?

ESCENA IV

RAFAEL, RICARDO, CATALINA, VENTURA, PILAR, LORENZO.

VENTURA. Buenos días, señores.

RAFAEL. Felices, don Ventura. (A Lorenzo y Pilar.) ¡Calle! ¿También ustedes?

PILAR. Se ha empeñado ésta... (Se saludan todos.)

VENTURA. Son dos amigos á quienes mi mujer sacrifica á sus caprichos.

RAFAEL. Caprichos llenos de poesía.

CATALINA. Gracias, Moncada. Es que no hay nada como la aurora con esta decoración espléndida. (Acabados los saludos quedan en dos grupos perfectamente separados. Catalina, Pilar, Rafael y Ricardo en segundo término izquierda. Ventura y Lorenzo en primero derecha.)

RAFAEL. ¡Oh, sí! Será admirable.

RICARDO. ¡Admirable!

CATALINA. Pues todavía no han visto ustedes lo mejor. Desde lo alto de ese picacho (Señalando á la izquierda) que ahora nos priva de la vista de ese lado se divisa un espectáculo maravilloso: la salida de los mineros á quienes toca el turno de día que se dirigen á los pozos en inmensos hormigueros, el despertar de las locomotoras que resoplan corriendo en todas direcciones con los trenes de mineral, el movimiento de los baldes por las líneas aéreas, el estremecimiento de la tierra que se traga por las bocaminas centenares de obreros y arroja de ellas hombres y más hombres... ¡Ah! es hermoso verdaderamente.

RAFAEL. Pues gozaremos de esa hermosura, y al lado de ustedes el placer será doble.

RICARDO. (Ap. á Rafael). Te vas á poner de paisajes

que no va á haber por dónde cogerte.

VENTURA. (A Lorenzo.) Como usted ve, mi mujer sigue por los espacios imaginarios.

LORENZO. (A Ventura.) Lo malo no es que se vaya por las nubes sola, sino que lleve malas compañías.

VENTURA. ¿Qué quiere usted decir?

LORENZO. Naturalmente no lo digo por nosotros... Pero mire usted: cuando yo era un muchacho tenía en mi huerta un guindo enano que daba un fruto muy sabroso. Al

pie del guindo prendió sin saber cómo una mata de yedra que lentamente fué abrazándole y adornándole hasta cubrirle por completo... Al principio aquella frondosidad me daba gusto; pero ya sabe usted que la yedra es traidora. Cuando quise recordar, el árbol se me quedó seco y... ya no he vuelto á comer más guindas. Poco después me casé con Pilar que, como todas las muchachas, tenía su correspondiente hojarasca de amigos, parientes y... capitanes de lanceros. Aquella verdura adornaba mucho al árbol del matrimonio, pero como yo estaba más ducho en horticultura, agarré la podadera y eché abajo la mala hierba en un decir Jesús. Gracias á eso hemos vivido relativamente felices.

VENTURA. Me alegro, pero el cuento no viene al caso. Tengo en ella y en mí absoluta confianza.

PILAR. (En el otro grupo.) Bueno, pero después tenemos que pasar por Robledal. ¡Lorenzo! ¿Verdad que tú quieres ir luego á Robledal?

LORENZO. Como quieras, mujer.

PILAR. Sí; es un pueblecito que le gusta mucho á mi marido, y viene á él en cuanto puede.

LORENZO. Me gusta como los otros.

VENTURA. (Ap. á Lorenzo.) ¡Hola! ¿Sigue celosa doña Pilar?

LORENZO. ¿Qué quiere usted? ¡Manías! Anda también por los espacios imaginarios... desgraciadamente.

CATALINA. (En el otro grupo.) ¿Es muy bonito?

RAFAEL. No tiene nada de particular

PILAR. ¡Vaya si tiene! (Alzando la voz para que la oiga Lorenzo.) Vive allí la Canela. ¿No conocen ustedes á la Canela? Pues es la hija de un capataz de brigada, y la llaman así por

guapa y pizpireta y porque trae revueltos á todos los mozos del pueblo y á algunos viejos de las cercanías. ¿Verdad, Lorenzo?

VENTURA. (Ap. á Lorenzo.) Ahí va el segundo tiro.

LORENZO. Tú sabrás. (Ap. á Ventura.) No haga usted caso.

RICARDO. (A Pilar.) Tranquilícese usted; se exagera mucho. Esa muchacha no es tan fácil como dicen.

RAFAEL. Ni tan hermosa como parece.

CATALINA. ¡Ah! ¿Usted la conoce?

RAFAEL. De oídas.

CATALINA. ¿Sólo de oídas? (En tono de reconvención festiva.) ¡Embustero!

RICARDO. (Qué suerte tiene este hombre! Ya está la otra sobre ascuas.)

CATALINA. Conque... ¿me acompañan ustedes á la cumbre?

RAFAEL. No faltaba más.

CATALINA. Pues déme usted el brazo.

RAFAEL. (Ap. á ella.) Y el alma.

CATALINA. No; el brazo solo. Lo del alma pudiera ser atrevimiento.

RICARDO. (Ofreciéndola el brazo.) Doña Pilar...

PILAR. Sí, hijo, sí; estoy que no puedo conmigo.

RICARDO. (¡La amistad tiene unas exigencias brutales!)

PILAR. ¿Vienen ustedes? (Á Lorenzo y Ventura.)

LORENZO. Sí, allá vamos. (Vanse los cuatro por la izquierda.) (¡Y el militar no es saco de paja!) (Viéndolos marchar.) Don Ventura, corte usted la yedra, que le va á echar á perder el guindo. (Se dirige también hacia la izquierda, y cuando va á desaparecer se detiene porque se supone que ve venir á Dolores por la derecha.) ¡Calle! ¡La Canela! ¡Lástima que mi mujer no tenga motivos fundados para reñirme! (Vase por la izquierda y sale Dolores, que los sigue con la vista.)

ESCENA V

VENTURA, DOLORES.

DOLORES. ¡Del brazo de ella! (Viendo á Ventura y acercándose á él.) ¡Ah! Me alegro de encontrarle, señor ingeniero.

VENTURA. ¿Qué hay, muchacha? ¿Le pasa algo á tu padre?

DOLORES. Nada, que yo sepa, gracias á Dios. Pero he venido á buscarle para decirle que hay marejada entre la gente de Robledal y que se presenta mal día. Los hombres tienen mucha rabia por eso de las elecciones y hablan de dejar hoy el trabajo y bajar á la ciudad á hacer otra manifestación como la de la semana pasada.

VENTURA. ¡Locos! Pero ¿no saben que ha venido tropa de todas partes y que una imprudencia cualquiera puede ocasionar muchas desgracias?

DOLORES. Sí lo saben, señor; pero no falta quien aconseja que se rompa por todo. Por de pronto, hoy no se bajará á los pozos en la *Margarita*, ni en la *Rocosa*, ni en la *Cascajares*, y sólo se espera que salgan las brigadas de la noche para juntarse todos en la plaza de Robledal y bajar en el ferrocarril, ó á pie, ó como se pueda... ¡Ya ve usted qué disparate, señor! Para exponerse á que los reciban á tiros.

VENTURA. Que sí los recibirán, de seguro. Hay que hacer algo para contenerlos. Anda, el relevo va á empezar; dí á tu padre en cuanto salga de la mina que venga á buscarme. Allí estoy con aquellos señores.

DOLORES. Voy á escape, señor. (Vase derecha.)
VENTURA. ¡Qué desatino! Bien dice la Caneia; vamos á tener mal día. (Vase izquierda.)

ESCENA VI

CORO DE MINEROS

Música.

(Suena dentro una campana.)

1.er GRUPO. (Reuniéndose en la escena.) Venid, mineros,
que ya la hora
llegó de trabajar,
y á las brigadas de la noche
debemos relevar.
VOZ. (En el foso.) Y á las brigadas de la noche
tenéis que relevar. (Campana otra vez. Siguen saliendo por la izquierda hasta completar el primer grupo obreros en traje de faena con palas, picos, linternas, etc.)
1.er GRUPO. Se enlazan y suceden
los turnos del trabajo,
y siempre hay muchos hombres
cavando sin cesar,
sumidos en las sombras,
perdidos allá abajo
como menuda arena
del fondo de la mar. (Forman á la derecha.)
2.º GRUPO. (En el foro.) Subid, mineros,
que ya la hora
llegó de descansar,
y otras brigadas nuestro sitio
ya vienen á ocupar. (Va saliendo el segundo grupo del foro po la boca de la mina, mientras el primero repite:)

1.er GRUPO. Se enlazan y suceden
los turnos del trabajo
y siempre hay muchos hombres
cavando sin cesar,
sumidos en las sombras,
perdidos allá abajo
como menuda arena
del fondo de la mar.

TODOS. Nos enterramos en honda tumba,
siempre tranquilos, hoy como ayer,
porque se sabe que el que sucumba
muere cumpliendo con su deber.
Y con el duro acero
rompemos las montañas
guiados por la fiebre
del insaciable afán,
en busca del tesoro
guardado en sus entrañas
que da la vida al mundo
y á nuestros hijos pan. (Se separan los dos grupos.)

1.er GRUPO. Bajad, mineros,
que ya la hora
llegó de trabajar,
y á las brigadas de la noche
debemos relevar.

2.º GRUPO. Salid, mineros,
la campana
nos llama á descansar,
y otras brigadas nuestro sitio
ya bajan á ocupar. (Empieza á bajar al foso el primer grupo.)
Id, y Dios quiera
que aquí al volver
sanos y salvos
os vuelva á ver. (Vase por la derecha el segundo grupo.)

1.er GRUPO. (Abajo.) ¡Adiós!

2.º GRUPO. (Dentro.) ¡Adiós! (Campana.)

ESCENA VII

JUAN, VENTURA.

Hablado.

JUAN. (Saliendo por la derecha.) ¡Ah! Allí está. (Llamando.) Don Ventura, con permiso de esos señores. (Aparte.) Sí, voy á decírselo todo. Antes de hacer una tontería bueno es procurar poner el remedio.

VENTURA. ¡Hola, Juan! Ya sé lo que vas á decirme, porque me ha enterado Dolores. Que la gente está inquieta y soliviantada porque el Gobierno se empeña en anular su triunfo en las elecciones municipales, y en lugar de mandar razones manda cañones y bayonetas, ¿no es eso?

JUAN. Sí, señor; pero yo además tenía que consultar con usted otra cosa más grave.

VENTURA. ¿Más grave aún?

JUAN. Para mí al menos. Necesito de usted un favor que me importa mucho, y no sé si atreverme...

VENTURA. Atrévete, hombre.

JUAN. Pues es el caso que... ¿Usted es amigo de ese capitán que está con las señoras?

VENTURA. ¿De Moncada? Sí, soy un poco amigo.

JUAN. Pues el favor que yo quiero pedir á usted es que diga usted al señor Moncada que nos deje en paz y no se meta donde no le llaman.

VENTURA. ¡Ah! ¿El capitán se ha metido contigo? Pues no le arriendo la ganancia.

JUAN. No se ha metido conmigo mismamente. Pero... mire usted, don Ventura, el caso es que yo tengo una hija.

VENTURA. La Canela.

JUAN. Justo; la llaman así porque es hermosa como un sol y buena como el pan. Mientras yo brego allá abajo, ella es la que cuida de mi casa sirviendo de madre á sus hermanos, que son unas criaturas. Sin ella no podrían vivir mis pequeños, y sin todos ellos yo tampoco podría vivir...

VENTURA. Hasta ahora no veo aparecer al capitán.

JUAN. Ni yo hubiera querido verle aparecer tampoco, don Ventura. Pero mi Dolores es tan guapa y esos uniformes vistosos de los militares son tan llamativos... En fin, ea, que salta á la vista que trata de engañarla y yo no quiero que la engañe.

VENTURA. Bien hecho; pero ¿ella le quiere?

JUAN. ¡Dios mío! ¿No ha de quererle? La hija de un obrero galanteada, perseguida por un oficial joven, con pantalones azules y botones de plata, metido siempre entre la mejor gente de la ciudad, ¿qué va á hacer la pobre? Las mujeres son casquivanas todas, señor don Ventura, se ciegan con los espejuelos como las alondras, y vamos, que no tiene remedio; mi hija está enamorada de ese hombre.

VENTURA. ¿Te lo ha dicho ella?

JUAN. Esas cosas no se les dicen nunca á los padres.

VENTURA. ¿Lo has conocido tú?

JUAN. ¡Ah! Tampoco lo conocemos eso nunca. Pero hace tiempo que los compañeros me gastan bromas que no hay para qué decir... Parece que entre las comadres del barrio esos paseos del capitán son la comidilla diaria, y están haciendo jirones mi crédito y me están haciendo pasar muy malos ratos, don Ventura. Ahora mismo, al salir del pozo, un obrero me ha dicho:

Juan, allí tienes á tu yerno. Y crea usted que he tenido que contenerme para no darle un puñetazo. Pero ¿qué iba adelantando, verdad? Empeorar las cosas y dar que decir más todavía. Pero es el caso que la sangre se me va quemando poco á poco, que yo no puedo vigilar á Dolores como es debido, porque ella hace falta en casa y yo en la mina... y que antes de hacer una barbaridad he dicho: Pues voy á hablar con don Ventura.

VENTURA. Y ¿qué quieres que yo haga?

JUAN. Puesto que es usted amigo del capitán, cogerle y decirle: Amigo, usted tendrá muchas mujeres que se mueran por usted, más dignas y más encopetadas que la hija de un capataz; ¡ande usted con ellas y deje en paz á una familia honrada que ningún mal le ha hecho!

VENTURA. La comisión no es muy divertida que digamos.

JUAN. ¡Hágalo usted por mí, don Ventura! Porque si no... ¡si no le va á pesar á él por éstas, que son cruces!

ESCENA VIII

DICHOS, PILAR, LORENZO, RICARDO (cruzan de izquierda á derecha).

RICARDO. Yo aseguro á usted, doña Pilar, que la tal Canela es de cuidado y... que no está al alcance de todas las fortunas.

PILAR. Es que no sabe usted de lo que son capaces algunos camastrones.

RICARDO. Pero don Lorenzo es moro de paz.

LORENZO. Y tan de paz. (¡Ya me va cargando el mu-

ñeco éste!) (Viendo á Ventura, que sigue hablando con Juan en primer término.) Don Ventura, vamos, guíenos usted al pueblo.

VENTURA. Con mucho gusto. Allí nos veremos, Juan. (Se separa de él y se acerca al grupo.) ¿Y Catalina?

LORENZO. Ahí viene. (Gritando y mirando hacia la izquierda.) ¡Vamos! Que se quedan ustedes rezagados.

VENTURA. (Creo que tiene razón. Va á ser preciso cortar la yedra, y pronto.) (Vanse foro izquierda. Juan va á hacerlo también por la primera del mismo lado, pero ve entrar en escena á Catalina y Rafael y se detiene y se oculta.)

ESCENA IX

CATALINA, RAFAEL.—JUAN (oculto).

CATALINA. (Saliendo.) ¡Cállese usted, por Dios! Eso es una broma ó una locura.

RAFAEL. Locura, y grande. Pero al lado de usted ¿es posible conservar el juicio?

CATALINA. Fíjese usted en que esa galantería, á solas, pasa de la raya.

RAFAEL. Porque no es galantería de cumplido. Es que de tal modo admiro sus encantos y de tal manera me subyugan, que olvido su posición, la mía, ¡todo!... y... ¡tiene usted razón! Esto es una locura, pero tan hermosa, tan dulce... (Se acerca demasiado á ella y la coge una mano.)

CATALINA. (Desasiéndose.) ¡Quieto, por Dios, que pueden vernos!

RAFAEL. Déjeme usted, al menos, soñar con una dicha remota; ¡todo lo remota que usted quiera!

CATALINA. Sueñe usted. (Con coquetería.) ¿Puedo impedirlo acaso?

RAFAEL. ¡Bendita sea usted!

PILAR. (Dentro.) ¡Vamos, Catalina!

CATALINA. ¡Voy! (Aparte á Rafael.) Silencio y formalidad, ¿eh?

RAFAEL. ¡Va á costarme mucho trabajo. (Vanse por la izquierda.)

JUAN. (Saliendo del escondite.) ¡Calla! ¡Se entienden! Vamos... hay cosas que no se pueden ver con calma... Pero ¡qué peso se me ha quitado de encima, y Dios me perdone!

ESCENA X

JUAN, DOLORES.

DOLORES. ¡Padre!

JUAN. ¿Estabas ahí?

DOLORES. Venía á buscarle á usted para volver á casa.

JUAN. ¿Has oído?

DOLORES. Todo.

JUAN. Pues ni una palabra á nadie, ¿entiendes? ¡Más vale que la tempestad vaya por otro lado!

DOLORES. ¿Qué quiere usted decir con eso?

JUAN. ¡Demasiado lo sabes! Yo lo siento por don Ventura, pero me alegro por ti... y por mí. El sabrá lo que tiene que hacer, ¿verdad? Entretanto nosotros debemos estar muy contentos.

DOLORES. ¿Usted lo está?

JUAN. Mucho. Ya lo ves.

DOLORES. Pues entonces... (Con alegría forzada.) entonces yo también estoy muy contenta. (Empieza la música.)

Mutación.

CUADRO II

Plaza en un pueblo minero.

ESCENA I

Coro de mujeres, luego DOLORES.

Música.

CORO. Todos hablan, todos gritan,
es una locura ya...
hoy se pierden los jornales
y mañana Dios dirá.
Los hombres ahora
no tienen razón
para hacer ninguna
manifestación.
Y si al fin y al cabo
la llegan á hacer,
alguna desgracia
les va á suceder.

UNAS. La Canela viene.

OTRAS. ¿Qué la pasará?

OTRAS. ¡Mala cara tiene!

OTRAS. ¡Muy furiosa está! (Sale Dolores.)

TODAS. ¿Dónde vas, Dolores?

DOLORES. No lo sé ni yo.
¡A tomar venganza

del que me engañó!
Su castigo es cosa
decidida ya;
quien quiera saberlo
venga y lo verá. (Vase por la izquierda.)

CORO. Es muy degraciada
la pobre mujer.
¿Qué plan será el suyo?
¿Qué es lo que irá á hacer?
¡Pobre Canelita!
¿Qué la pasará?
¡Mala cara tiene!
¡Muy furiosa va! (Vanse también por la izquierda. Se oyen dentro, á la derecha, grandes rumores y aparecen poco después los mineros tumultuosamente. Ventura, delante de ellos, intenta detenerlos.)

ESCENA II

VENTURA, MINEROS.

(Hablado con música en la orquesta.)

MINERO. ¡No se ponga usté delante, don Ventura. Hemos dicho que vamos á bajar y bajamos.

VENTURA. Os advierto que voy á avisar por teléfono á la compañía.

MINERO. Avise usted, si quiere. No tratamos de sorprender á nadie. Así nos recibirán como merecemos.

VENTURA. Puede haber sangre.

MINERO. Mejor. La sangre es el riego de la libertad.

VENTURA. Haced lo que queráis. Yo he cumplido con mi deber. Ahora toda la responsabilidad es vuestra. (Se retira por la derecha y los obreros avanzan formando grandes grupos.)

Música.

CORO. ¡Al arma, compañeros,
que al fin la ingrata sociedad
tendrá que darnos nuestra
ración de libertad!
Dejad las galerías,
buscad la redención
y acaben ya los días
de imbécil sumisión.
Y así como el viento con ráfagas locas
de su mansedumbre se suele olvidar
y tala los bosques y arranca las rocas
y agita y encrespa las olas del mar,
así los mineros, que en rudo trabajo
las fuerzas agotan en lucha sin fin,
podrán de repente brotar de allá abajo
pidiendo su parte del rico botín.
¡Ya basta de suplicio,
de ruin y sorda guerra,
librando con la tierra
combate desigual,
y puesto que nos quieren
tratar á sangre y fuego,
que apoyen nuestro ruego
la hoguera y el puñal!
Los pobres esclavos que en húmedo encierro
pudriéndose cumplen un falso deber,
rompiendo con rabia su cárcel de hierro
verán las argollas deshechas caer.
¡Ya basta de suplicio,
de ruin y sorda guerra,
librando con la tierra
combate desigual! (etc.)

(Vanse con gran alboroto y estrépito.)

CUADRO III

Música.

Telón corto, que debe caer pegado al de boca. Representa un puente sobre un río, en cuya margen derecha del espectador se levanta una gran ciudad industrial y fabril, en la que se ven los muelles con fardos, grúas, trenes de mineral, etc., etc., y un poco más lejos, casas, paseos, fábricas, altos hornos... Todo el cuadro es musical y á telón corrido.

CORO. (Dentro y lejos.) Pide, niña, á la Virgen
de la Montaña
que tu amor se arrepienta
si es que te engaña,
que la Virgen protege
castos amores
y hace que se arrepientan
los pecadores.

DOLORES. (Dentro.) No hay un martirio
como los celos
que me atenazan
el corazón.
Con él sin duda
quieren los cielos
probar el temple
de mi pasión.

CORO (Más cerca.) Solita por el monte
va la doncella,
sin miedo de que el diablo
cargue con ella,

porque la niña sabe
que la acompaña
la milagrosa Virgen
de la Montaña.

DOLORES. La impaciencia en el amor
es suplicio tan cruel
que la rabia y el dolor
á juntarse van en él.

MUJERES. Reñido está el cariño
con la alegría,
porque siempre se tiene
melancolía.

HOMBRES. Y nunca averiguamos
en qué consiste
que el que quiere de veras
se pone triste.

DOLORES. No hay un martirio
como los celos
que me atenazan
el corazón.
Con él sin duda
quieren los cielos
probar el temple
de mi pasión.

CORO. (Alejándose.) Pide, niña, á la Virgen
de la Montaña
que tu amor se arrepienta
si es que te engaña...

(**Mutación.**)

CUADRO IV

Plazoleta en una ciudad. Á la izquierda una casa elegante, en cuyos balcones del piso principal se lee «Círculo de la Concordia». A la izquierda otra casa con puerta practicable. En el foro otra, y á sus lados dos callejuelas también practicables. En fin, el caso es que en la plazuela desemboquen varias calles y que por todas ellas pueda venir gente en un momento dado. Es de noche. Iluminación de luz eléctrica. Sobre la puerta del círculo un globo esmerilado en que se repite, con letras rojas, el mismo letrero de los balcones.

ESCENA I

CATALINA, PILAR, RAFAEL, LORENZO, RICARDO.

Hablado.

PILAR. (Saliendo foro derecha.) ¡Ay! ¡Gracias á Dios que me veo á la puerta de casa! ¡Qué endiablada ocurrencia ha sido la de subir hoy al monte! Confieso que he tenido miedo.

CATALINA. ¿Por qué? La agitación de los mineros no iba con nosotros.

LORENZO. ¿Usted cree que ocurrirá algo grave, capitán?

RAFAEL. Nada, seguramente. Daremos unas cuantas cargas si es preciso, y en paz.

CATALINA. ¡Me gustaría ver una de esas cosas!

PILAR. ¡Hija, por Dios! Lleva usted la poesía demasiado lejos.

CATALINA. La hay en todas partes, ¿verdad, Moncada?

RAFAEL. En las mujeres hermosas especialmente.

CATALINA. La hay en aquella salida del sol esplendorosa, en aquel despertar del monte envuelto todavía en los jirones de la niebla, en aquella muchedumbre que entra y sale en las cuevas lóbregas para arrancar á la tierra el combustible que calienta al mundo;

en ese himno de redención cuyos ecos nos han perseguido por montañas y valles, rompiéndose en las rocas y repercutiendo en los barrancos, y hasta en el choque próximo que va á ensangrentar las calles.

LORENZO. (Esta señora está un poco tocada.)

PILAR. Será hermoso, pero no me negará usted que eso del choque asusta. Y apropósito, ¿por qué nos ha abandonado don Ventura?

CATALINA. Por contener á los amotinados.

PILAR. Bueno, pero usted no puede ir sola á casa.

RAFAEL. Yo la acompañaré con mucho gusto.

LORENZO. Gracias... en nombre del marido. Pero es preferible que se quede con mi mujer hasta que parezca el ingeniero. Entretanto nosotros echaremos nuestra partida de billar en el casino. ¿No les parece á ustedes?

RICARDO. Sí, eso pensaba.

LORENZO. Ahí vendrán antes que á ninguna parte todas las noticias.

CATALINA. Hasta mañana.

RAFAEL. (Aparte á ella.) (¿Y por qué no hasta luego? Es posible que esta noche ocurra algo grave. ¿No se interesa usted por mi salud?

CATALINA. ¡No faltaba más!

RAFAEL. Pues ¿por qué no ha de salir al balcón para saber el final de la jornada? Yo pasaría por la calle y...

CATALINA. Bueno, pase usted si quiere.

LORENZO. (Desde la puerta del casino.) ¿No viene usted, Moncada?

RAFAEL. Voy en seguida. Doña Pilar... (Saludando para despedirse. Van á entrar Lorenzo, Ricardo y Rafael en el casino, y Pilar y Catalina en la casa de la derecha, cuando aparecen por el foro izquierda Dolores y coro de mujeres.)

ESCENA II

DICHOS, DOLORES, CORO.

Música.

DOLORES. Buenas noches. No se vayan,
pueden todos ver y oir,
que no es grave ni es secreto
lo que tengo que decir.
Señor de Moncada.
RAFAEL. ¿Qué pasa? ¿qué quieres?
¿Por qué te presentas
con esas mujeres?
CORO. Bajamos del monte
buscándole á usté.
RAFAEL. ¿Para qué me buscan?
DOLORES. Yo se lo diré.
Aquella amiga mía
desventurada
que tanto le quería,
señor Moncada,
me manda á recordarle
su compromiso,
y á impedir que ame á otra (Señalando á Catalina) sin su permiso.
CATALINA. (Fieramente.) ¡No sufro insolencias!
DOLORES. Pero ¿dónde están,
si yo estoy hablando
con el capitán?
(A él.) Creyó la pobre falsas promesas,
dió todo entero su corazón;
pero su dicha voló en pavesas,
buscó cariño y halló traición.
Mas ante el engaño
que la desconsuela
todos sus derechos

quiere recobrar,
y aquí á defenderlos
está la Canela.
La noche es de lucha,
¡yo vengo á luchar!

CORO. La chiquilla es una pólvora,
la prendieron y estalló;
ella quiso dar escándalo
y el escándalo se dió.

RAFAEL. (Furioso.) ¡Vete, Dolores!
¡vete, te digo!
¡Yo nada tengo
que ver contigo!

DOLORES. (Idem.) ¿Es que quieres la guerra?
Pues pronto la tendrás,
que si ella vale mucho (Por Catalina)
yo valgo mucho más.

CATALINA. ¡Eche usté á esa loca!

DOLORES. Calme usté su afán,
que yo estoy hablando
con el capitán.

(Sujetándole y empujándole hacia el casino.)

LOR. Y RIC. Vamos adentro,
señor Moncada.

(Empujándola hacia la casa.)

PILAR. ¡Por Dios, señores,
vamos de aquí!

DOLORES. Si les molesta,
no he dicho nada,
mas la Canela
siempre fué así.

CORO. La chiquilla es una pólvora,
la prendieron y estalló,
ella quiso dar escándalo
y el escándalo se dió. (A viva fuerza entran á Rafael en el casino los otros dos. Lo mismo hace Pilar con Catalina en la casa de la derecha. El coro se va retirando lentamente. Cuando va á hacerlo Dolores, que se ha quedado la última, salen foro izquierda Juan y Ventura, que la detienen.)

ESCENA III

DOLORES, JUAN, VENTURA.

Hablado

JUAN. ¡No, no te vayas! Ven aquí. ¿Qué ha sido eso?

DOLORES. Déjeme usted, padre.

JUAN. ¿A qué has venido? ¿Por qué has armado ese alboroto? ¡Vamos, contesta!

DOLORES. He venido... (Fijándose en Ventura.) ¡Vaya! No lo digo, déjeme usted.

JUAN. Lo dirás de grado ó por fuerza.

DOLORES. Pues bien... ¡porque no he podido contenerme! Porque yo le quería, padre, y no puedo ver que quiera á otra. (Ventura oye con mucha atención y sobresalto.) ¡Ya está dicho, ea!

JUAN. ¡Bien, calla!

DOLORES. ¿No quería usted que hablara?

VENTURA. (Acercándose como si le asaltaran sospechas. ¡Ah, el capitán! ¿Era cosa del capitán? Y... ¿qué ha pasado?

JUAN. ¡Nada! No haga usté caso, don Ventura. Mi hija se ha vuelto loca esta noche.

VENTURA. (Procurando disimular el ansia con que sigue la conversación.) Por eso me inspira mayor interés. Vamos, dílo. ¿Qué tiene de particular que lo diga? Que el capitán te deja por otra... Veamos, ¿y quién es esa otra? ¡Valdrá menos que tú, de seguro!

DOLORES. No la conoce usted.

VENTURA. ¿Que no la conozco? (Procurando no violentarse.) Espera. Tú has llamado la atención dando un escándalo en mitad de la calle...

Aquí estaba, pues, la mujer que venía con el capitán, ¿no es eso?

DOLORES. No sé, no sé nada.

VENTURA. Sí, es seguro; lo decían en los corrillos todos esos que han presenciado la escena. Y Moncada venía delante de nosotros, (A Juan) ¿verdad? Venía con... con don Lorenzo, con doña Pilar y con... (Transición brusca.) ¡Habla! ¡Ahora es cuando quiero yo que hables! ¡Juan! Díla que lo cuente todo... ¿No comprendes que necesito que lo cuente? ¡Sí, lo decías por... por ella!

DOLORES. ¡No, no señor! (Asustada.)

VENTURA. ¿Por quién, si no? ¡Vamos, anda! ¿En qué te fundas? ¿Qué has visto? ¿Qué sabes?

DOLORES. Pregúnteselo usted á mi padre.

JUAN. Pero si yo...

VENTURA. ¡Callas también! Bueno; es lo mismo. La calumnia ha llegado ya hasta vosotros... Mañana rodará por las callejuelas de los pueblos, por las mesas de los cafés, por los pozos de las minas, por todas partes... No puede ser; hay que detenerla. (Se dirige hacia el casino.)

JUAN. ¿Dónde va usted? Ahí estará el capitán Moncada.

VENTURA. Por eso voy. A cortar el mal de raíz.

JUAN. Pues bien, sí; tiene usted razón, don Ventura... ¡Ya no podía yo más con este peso en la conciencia! Ese amigo de usted es un canalla. Pero. . todavía llega usted á tiempo. ¿Qué va usted á hacer?

VENTURA. ¿Qué? Subir y buscar un pretexto para...

JUAN. ¿Para un desafío? ¡Ca! Eso sería un disparate.

VENTURA. ¡Qué dices!

JUAN. La nobleza se tiene con quien la tiene. Eso fuera bueno si él hubiera venido á robarle á usted la felicidad cara á cara;

pero si ha mentido amistad, si ha buscado la sombra, si ha atacado á traición, ¿por qué ha de recibir el castigo frente á frente?

VENTURA. ¡Juan!

JUAN. Lo dicho. Si usted, que es una persona decente, oye de noche entrar en su casa á un ladrón, con la ganzúa en una mano y el cuchillo en la otra, ¿qué hace usted? ¿Salir al encuentro y entregarle una espada para luchar con armas iguales? ¡Ca! Usted hace lo que todo el mundo: se esconde, le espera, se previene, prepara la escopeta, y en cuanto le tiene usted á tiro aprieta usted el gatillo y le salta la tapa de los sesos. Pues ¿por qué el ladrón de dinero ha de ser de peor condición que el ladrón de honras, si el ladrón de honras es cien veces más traidor y más canalla y más despreciable que el otro?

VENTURA. Tú desbarras, Juan. Un caballero no puede portarse de esa manera. (Entra en el casino.)

JUAN. ¡Cuánto me alegro de no ser caballero entonces!

ESCENA IV

JUAN, DOLORES.

JUAN. ¿Ves? ¡Por tu culpa!

DOLORES. Yo nada he dicho. El lo ha adivinado todo; tarde ó temprano tenía que suceder.

JUAN. Y ¿por qué has bajado á la ciudad? ¿Por qué has traído tus amores á la plazuela?...

DOLORES. Usted lo ha dicho; porque estoy loca, padre; loca de rabia, de celos, de dolor...

JUAN. De celos y de rabia, bueno; de dolor ¿por qué? ¡Al contrario! Don Ventura llega á

tiempo de salvar su honra, tú te curas de esa pasión maldita...

DOLORES. ¿Yo? ¡Si ya estoy curada!

JUAN. Entonces, ¿qué te importa?

DOLORES. Me importa demasiado, porque... ¿entiende usted, padre? ¡Demasiado!

JUAN. ¡Cómo! ¿Qué dices? ¡Habla claro! Digo no; no hables. ¿Para qué? Ahora comprendo las bromas de los compañeros, las burlas de las comadres... ¡Tonto de mí, que hace poco aconsejaba á don Ventura, siendo el más necesitado de consejo!... ¡Ah! Yo no llegaré á tiempo, pero llegaré también... ¡Vete!

DOLORES. ¡Padre, por Dios!... ¿Qué va usted á hacer?

JUAN. Eso es cuenta mía.

DOLORES. ¿Otro desafío? ¡No! Yo no quiero, padre.

JUAN. ¡Desafío! El, un señor, y yo, un obrero... ¡No aceptaría, tonta! Ni aunque aceptara querría yo... ¡Sería elevarle á él demasiado!... ¡Vete!

DOLORES. No; yo no me separo de usted. (Llorando.)

JUAN. Digo que te vayas.

DOLORES. ¡Dios mío!

JUAN. Llora lo que quieras... ¡pero vete! (La empuja violentamente. En cuanto se queda solo en escena se oye dentro muy lejano el himno de los mineros

Al arma, compañeros,
y así la sociedad, etc.

Poco después se oyen en distintos puntos y lejos también varios toques de corneta.)

¡Ah! Le llaman... ¡Tiene que salir!... ¡Que Dios me perdone! (Vase precipitadamente por la última derecha.)

ESCENA V

RAFAEL, RICARDO. (Salen del casino.)

RICARDO. ¡Qué contrariedad!

RAFAEL. Ahí están; corro á mi puesto inmediatamente. Entretanto vete á buscar á Campuzano, á Escudero, á un amigo cualquiera para que os entendáis con los de ese hombre. Y arregladlo pronto, ¿sabes? Para mañana mismo, á ser posible.

RICARDO. ¡Y decías que de los maridos no había que ocuparse!

RAFAEL. Tranquilízate; no será nada. (Se oye más cerca el himno. Segundo toque de cornetas.) Vaya, adiós, tengo prisa. Vamos á echar fuera de la ciudad á esos locos, y en seguida estoy á vuestra disposición. (Vase Ricardo por la izquierda. Rafael por la última derecha. En cuanto ha desaparecido de la vista del público, porque se supone que ha doblado la esquina, se oye un grito estridente y la voz del capitán ahogada y ronca que grita: «¡Socorro!» En seguida sale Juan, que se adelanta precipitadamente al proscenio, procurando aparentar tranquilidad. Sale un sereno por el foro derecha.)

ESCENA ULTIMA

JUAN, SERENO, después LORENZO, PILAR, CATALINA, VENTURA, SERENOS, TRANSEUNTES, DOLORES.

SERENO. (A Juan.) ¿Qué pasa?

JUAN. No sé. Ahí creo que un hombre pide socorro. Allá iba yo corriendo. (Vase el sereno, y en cuanto dobla la esquina, toca el pito de alarma; Se oye el himno de los mineros cada vez más cerca.

se abren todas las puertas y aparecen los personajes indicados más arriba, que salen del casino y de la casa de D.ª Pilar. Algunos socios aparecen con los tacos en la mano. Corren por todas las callejuelas serenos y transeuntes que se acercan á la última izquierda. Por último, por la primera derecha aparece Dolores, que se abraza desolada á su padre.)

DOLORES. ¡Padre!
JUAN. ¡Silencio!
VENTURA. ¡Juan! ¿Tú aquí todavía? ¿Qué ha sido eso?
JUAN. No sé; no he visto nada.

SERENO. (A otro.) Al juzgado á escape Aunque todo es inútil; está muerto y bien muerto.

PILAR. ¿Qué ha pasado?

SERENO. Nada; cosas de estas noches de revueltas. Que han dado una cuchillada por la espalda á un capitán de lanceros.

VENTURA. ¿Un capitán?

CATALINA. ¡El!

DOLORES. (Ap. á él.) ¡Y ha sido á traición, padre!

JUAN. Sí; á traición. ¡Como él á mí! (En este momento estalla el himno con toda su fuerza y aparecen en las bocacalles del centro los mineros amotinados, que se detienen al ver el cuadro, sin dejar de cantar. Cae lentamente el telón.)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.
El Grillo, periódico semanal, idem íd. íd.
La gente menuda, idem id. id.
El baile de máscaras, idem íd. íd.
Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.
La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
La moral casera, comedia en dos actos y en verso.
La lavandera, sainete en un acto y en verso.
Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La obra, juguete cómico en un acto y en verso.
El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.
El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.
El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.
La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.
El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.
Los inocentes, revista en un acto en proso y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.
La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.
La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.
Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.
El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe,* carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *don M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª,* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano,* plaza del Ángel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.